

CRÓNICA DE NEPHAUSTO

Nephausto cayó desde el cielo negro con una de sus alas cercenada. Batió la otra en un desesperado intento de frenar su descenso pero fue inútil y su cuerpo quedó empalado en la aguja de una de las torres que coronaban el palacio de oro. Con un chasquido, su armadura fue perforada y sus entrañas desgarradas en una explosión de dolor.

Se debatió vociferando su agonía. Aferró la estaca que le sobresalía por el estómago queriendo romperla o levantar su cuerpo por ella. Sus gritos se ahogaron cuando empezó a vomitar su propia sangre, que se volvía negra por momentos. Arqueó la espalda atrás y adelante, movió las piernas en el aire. Nada de eso sirvió.

Gabriel descendió poniéndose a su altura con el suave batir de sus brillantes alas blancas.

- Pobre Aertes –pronunció con compasión-. Tu trágico destino se trunca al fin.

Nephausto consiguió quebrar la espina en la que se había ensartado y cayó rodando por el techo de la torre con un agujero enorme en su cuerpo. Aún tuvo fuerzas para retroceder a rastras ante la imagen de Gabriel dejando tras de sí un gran rastro de ícor negro y entrañas como cuerdas.

- Aertes...

- ¡Aléjate de mí!. ¡No te acerques! –Nephausto reptó hasta que se le acabó el palacio y sólo encontró precipicio-. ¡Debes de estar disfrutando esto!. ¡Al fin me tienes en tus manos, Gabriel!. ¿Qué vas a hacer ahora?. ¿Me darás el golpe de gracia tú mismo?. ¿O quizá me ofrecerás una última oportunidad de ir contigo para purgar los errores de mi pasado?.

- No vendrás conmigo –Gabriel levantó su espada de obsidiana marcada por runas eldar, dejando bien clara su intención-. Pero puedes morir en paz si abrazas al Emperador ahora.

Aertes Dragmatio, antaño comandante de la 6ª Compañía de los Ángeles Sangrientos, escupió a aquellas palabras y se arrojó él mismo al vacío invocando la protección del dios Nurgle.

Gabriel mantuvo sus ojos fijos en la silueta del que ya sólo podría morir como traidor hasta que el abismo de oscuridad le hubo consumido.

- Ruego al Emperador por ti, Aertes, pues esta será la última vez que te llame por ese nombre. Has elegido renegar, comerciar con tu alma por obtener un falso beneficio que de nada te ha servido. He fallado en mi misión de redimirte. Si tú eliges la condena, sea pues tu voluntad.

MUNDO-DEMONIO DE KRETL, EN EL OJO DEL TERROR
DOMINIOS DE LA LEGIÓN DE LOS MIRMIDONES INVENCIBLES
- ocho años después (cómputo de Terra) -

El rojo cielo descargaba lluvia sobre la tierra sedienta. La inmensa ciudad no tenía una sola calle asfaltada ni adoquinada ni de plastocemento. Sus primitivas construcciones de piedra y adobe no eran más que el marco de un monstruoso coliseo adornado con estatuas demoníacas y restos humanos colgando de cadenas o en cadalsos por toda la fachada exterior y los soportales interiores. Todo estaba en ruinas excepto aquel lugar de muerte ya que su mantenimiento era el único motivo por el que los habitantes-esclavos de la ciudad vivían. Los berserkers de Khorne de la legión de Los Mirmidones Invencibles se congregaban allí desde hacía varios meses y desde que llegaron no hubo momento alguno de paz. Sus integrantes celebraban duelos a espada y hacha sierra por todas partes, dentro y fuera del coliseo, en las calles y en los yermos exteriores, desde dos contendientes a verdaderas batallas todos contra todos. Habían vuelto victoriosos de una campaña contra los adoradores de Nurgle del Planeta de Muerte A'arghsob, que se habían atrevido a propagar enfermedades entre sus esclavos encargados de la conservación de su templo a la guerra, pero su líder Pitor no había vivido para saborear su triunfo y ahora había un gran número de candidatos (prácticamente toda la legión) a ocupar su lugar.

Por todas partes. Los esclavos llevaban días encerrados en sus alojamientos, bajo espartanas mesas o arrebujados en rincones, sin atreverse a salir pues ello significaba tentar a la ira de los corruptos marines espaciales que batallaban entre sí.

Por todas partes. Los motores que accionaban los filos de sus armas era el único sonido que habían conocido en todo ese tiempo; eso y los gritos, tanto los largos alaridos de rabia y locura combativa como los cortos y ahogados gemidos de agonía. Ni siquiera la tormenta era audible por encima de aquellos truenos sin final. Hacía días que las municiones de las pistolas se habían agotado y alrededor de las armerías se producían verdaderas masacres por conseguir armas de repuesto.

Flasar, un esclavo-armero, estaba debajo del montón de paja que le servía de cama con la cabeza entre las manos intentando atenuar siquiera un poco aquella locura que martilleaba su cabeza. Su trabajo consistía en revisar y reparar las armas de aquellos Mirmidones que prefirieran no hacerlo ellos mismos cuando volvían (siempre victoriosos) de sus campañas, pero no había habido tiempo aquella vez. Apenas pisaron tierra firme, al descender de sus navíos de guerra, los marines empezaron a gritar nombres y a reclamar poderes de mando. Había sido un acto tan liberal que daba la impresión de que los propios siervos que se habían congregado para recibirles también habrían podido gritar sus nombres para optar por el liderazgo de la legión pero en lugar de ello escogieron la acción más inteligente: esconderse antes de que el asunto quedara fuera de control, cosa que ocurrió escasos segundos después de la desbandada de esclavos.

La pared de adobe cayó como un inseguro montón de rocas, desmenuzándose ante el imparable empuje de un Mirmidón y su armadura de berserker de Khorne que cayó exactamente al lado de Flasar con los crueles visores de su casco clavados en sus ojos. Flasar se levantó y salió corriendo quitándose grandes briznas de paja de la ropa arapienta, forcejeó con el cerrojo de la puerta durante lo que parecieron diez horas y huyó de su casa. Otro marine entró lentamente por el agujero al dormitorio en forma de burbuja. El primero no intentó levantarse; le habría resultado imposible con sus intestinos formando una masa sobre su abdomen y la membrana osmótica de su casco

rezumando sangre. Miró a lo alto, a aquel mismo marine que había luchado codo con codo con él hacía escasos días.

- Dame... da... dame al menos una muerte... una muerte honorable –dijo con voz entrecortada. Incluso tratándose de un marine espacial estaba claro que no le quedaban más que unos segundos de vida.

El vencedor asintió, se puso a su lado y, de un limpio sesgo, le cortó la garganta con el suficiente cuidado de seccionarle la aorta sin dañarle la columna vertebral.

- Que tu sangre mane –respondió mientras volvía a salir dejando tras de sí una armadura presa de convulsiones. Su bota izquierda había quedado empapada por el torrente sanguíneo.

Flasar aporreó todas las puertas que encontró por la calle gritando, suplicando que le dejaran entrar. Ninguna se abrió. Actuaba meramente por su instinto de supervivencia; ningún pensamiento cruzaba su mente colapsada, sólo la certeza de que el primer Mirmidón con el que se cruzase sería el último que vería. La lluvia le había empapado al momento aumentando la miseria que ya pesaba sobre sus hombros. La tierra estaba húmeda pero no se encharcaba. Tras varios días de diluvio aquellas calles deberían haber sido verdaderos barrizales.

- ¡Flasar!

Otro esclavo, habiendo oído su griterío, había entreabeirto su puerta y le llamaba. No le conocía más que de vista en las armerías del coliseo pero ¡bendito fuera!. Corrió hacia aquella esquina con todas las fuerzas que pudo sacar de sus famélicas piernas, hacia la mano que se le tendía desde aquella rendija de oscura salvación que se cerró abruptamente cuando ya casi la había alcanzado. El esclavo había cambiado sus ideas salvadoras al advertir lo que ahora se le venía encima a Flasar. Un furioso combate cuerpo a cuerpo entre una docena de Mirmidones avanzaba por la calle de enfrente hacia él, si bien el “avance” lo provocaban aquellos que eran arrojados al suelo y después alcanzados por los demás. Todos ellos se detuvieron al darse cuenta del pequeño observador, levantándose unidos contra él como si supusiera una amenaza común. Flasar quedó petrificado en el sitio sintiendo su orina empaparle los pantalones. Doce armaduras negras con grebas, petos y guanteletes de bronce se le acercaban con sus armas prestas. El tocado de sus yelmos los identificaba inequívocamente como berserkers de Khorne, los guerreros más terribles del universo, sanguinarias máquinas de despedazar todo lo que captara su atención en medio de un campo de batalla. En aquel campo de batalla, Flasar había captado su atención y por ello sus rodillas temblaron.

- Se atreven a salir –dijo uno con gran desprecio.

- Si se atreven a salir es que no nos temen –respondió el que tenía a su lado, que había estado a punto de partirle la cabeza con la cadena de su hacha sierra.

- Eso no es tolerable.

Flasar no soltó más que balbuceos. Fue acorralado contra la fachada. Aunque el semicírculo de berserkers se encontraba a varios metros de él, su corazón no lo resistió. Puso los ojos en blanco y cayó de bruces. El mero miedo le mató.

- Ni siquiera merecía el esfuerzo de matarle.

- Tú habrías necesitado demasiado esfuerzo aún para matar a algo tan patético como eso.

El combate se reanudó tan súbitamente como se había interrumpido. poco después se detuvo de nuevo, esta vez a causa del inesperado estallido sónico de un relámpago azotando el suelo cerca de ellos como el látigo de los dioses. Los marines del Caos

quedaron atónitos no tanto por el repentino y cegador impacto como por el hecho de que el suelo cristalizado y humeante empezó a moverse.

Surgió un guantelete embadurnado de polvo acompañado de un grito de supremo esfuerzo y agonía y una forma humanoide salió arrastrándose como un gusano emergiendo de carne muerta.

- ¡Por el dios de la sangre! –exclamó uno de ellos entre sorprendido e irritado por la nueva interrupción.

El ser se levantó con otro potente bramido de sus pulmones. Alzó los brazos y el polvo se desprendió de su cuerpo arremolinándose en torno suyo en un tornado que se disipó poco después revelando una servoarmadura... y una sola ala negra desplegada en el lado derecho de su espalda. Algunos marines habían sido derribados por la fuerza del vendaval.

- ¡En el nombre de Khorne! ¿qué clase de demonio es ese?.

Su aspecto era el de un marine embutido en una lisa armadura de cobre pulido. El ala emergía del lado derecho de su espalda, cerca de la unión entre la coraza y el generador dorsal, y se movía nerviosamente al igual que las manos de aquella cosa. Su rostro descubierto parecía más sorprendido que ellos; no dejaba de palparse el vientre, comprobando una y otra vez la intacta coraza que lo recubría. Después descurbió algo en sus guantes y flexionó los dedos una y otra vez.

- ¡Pagarás cara tu intrusión en nuestro mundo!. ¡Tu sangre es tan buena como cualquier otra para ser derramada!.

El berserker que había hablado emprendió una carrera hacia él. La cabeza del guerrero de cobre aún estaba encorvada, luego miró su ala y la replegó justo antes de agacharse como por casualidad cuando el berserker pasaba por su lado a la carrera, evitando que el furioso tajo de hacha sierra le separara la cabeza del tronco. Siguiendo alguna clase de instinto, el intruso abofeteó el aire con un aspaviento y el marine fue derribado por un muro de aire y polvo.

- ¡Es un brujo!.

- ¡Un cobarde hechicero que se atreve a interrumpir nuestro duelo!.

- ¡A él!.

- ¡Que mane su sangre!.

Se encaró con la docena de guerreros que cargaban contra él por la deplorable y angosta callejuela. Se sentía extraño. Había aparecido de repente en un mundo desconocido, rodeado de construcciones redondas como pequeños silos y en compañía de adoradores de Khorne que le atacaban. No medió palabra. Mientras preparaba su siguiente ataque cada junta de su armadura era recorrida por pequeños rayos negros que se desplazaban hacia sus brazos, acumulándose entre sus dedos y formando una bola de vaporosa energía oscura en la palma de su mano. Aguardó a que la jauría se acercase lo bastante para que se hicieran falsas ilusiones de victoria e hincó una rodilla, aplastando aquella energía contra el suelo. Delante de él la calle se agrietó con una línea quebrada zigzagueando entre los pies de los Mirmidones e inmediatamente después explotó a todo lo largo lanzando tierra y enemigos por los aires. Completamente desprevenidos, los berserkers gritaron mientras sus cuerpos se despedazaban víctimas del poder del hechicero, volando en todas direcciones rodeados por rojas nubes de su propia sangre. Una zanja rodeada de despojos y charcos carmesí fue lo que quedó a la vista cuando el polvo se hubo asentado; marines espaciales habían recibido el ataque pero sólo cayeron pedazos inconexos. Algo más allá, dos guerreros, los que habían tenido la suerte de ir en último lugar, se levantaron viendo la carnicería con pura rabia reflejada tras las máscaras de sus yelmos. Alzaron sus cabezas para ser respodidos por la mirada del guerrero y su moderada y arrogante sonrisa.

Un tercer berserker, aquel que había atacado en primer (y único) lugar, le asaltó por la espalda con un traicionero golpe pero volvió a fallar. Se volvió hacia su enemigo con otro movimiento de su hacha sierra y el hechicero retrocedió evitándole.

- ¡Maldito brujo!

Los otros supervivientes se acercaron por detrás de su camarada. Los tres fueron a parar otra vez al sucio suelo víctimas de otra ráfaga de energía etérea que les golpeó como la explosión de una granada. Uno de ellos voló hasta estrellarse contra una de las viviendas abriendo un agujero en la pared.

- Tengo preguntas –dijo cruzándose de brazos- y sólo necesito a uno para responderlas.

- ¡El filo de nuestras armas es la única respuesta que recibirás, cobarde!.

El ojo izquierdo del hechicero se contrajo.

- ¿Cobarde?.

Los berserkers no extendieron el diálogo. Tras volver a la verticalidad atacaron a la vez. Los golpes llovieron movidos por manos rabiosas y acompañados por voces inhumanas pero ni uno solo logró herir al enemigo. El hechicero esquivaba hábilmente las tres hachas sierra que iban y venían, retrocediendo o moviéndose lateralmente, deteniendo con los antebrazos las astas de las armas que pretendían trincharle. Agarró una de ellas y obligó a su portador a interponerla en el tajo que otro había lanzado sobre su cabeza; el tercero atacó por el costado siendo brutalmente repelido de una patada. Sosteniendo las armas cruzadas, el hechicero pasó entre los dos berserkers colocándose a sus espaldas y empujó a uno de ellos, lanzándolo como un pelele sobre el enemigo que quedaba libre. El otro se zafó sólo para ver su ataque detenido una vez más y ser golpeado en la cara con el mango de su propia hacha. Profundamente ofendido, el Mirmidón forcejeó incapaz de hacer que aquellos guanteletes de cobre liberaran a su fiel compañera de batalla, que fuealzada más y más sin que su fuerza le sirviera para impedirlo.

- ¿Es esto lo que queréis? –se le burló en la cara-. Puedo luchar a vuestro nivel si eso hace vuestra muerte más agradable.

El hechicero invirtió el sentido de su esfuerzo; empujó contra el Mirmidón en lugar de seguir tirando en dirección contraria, haciéndole perder el equilibrio. El berserker dio unos cuantos pasos atrás incapaz de cuidar debidamente su defensa cuando fue alcanzado por un codo que se estrelló en su coraza como un ariete. El Mirmidón cayó de espaldas pero su hacha fue retenida por la mano de su enemigo.

Los otros dos volvieron al combate. El filo dentado de uno de ellos chirrió al chocar con el arma que su enemigo había conseguido gracias a la debilidad manifiesta de su camarada. El brujo levantó la mano para asirle por la garganta pero el Mirmidón dio un paso atrás y no pudo atraparle. Volvió a atacar dando un rápido giro para acumular la fuerza de su cuerpo y liberarla en un tajo por la derecha y ahora fue el hechicero quien retrocedió evitando el contacto. Bastaron unos pocos segundos para que los berserkers se convencieran de la habilidad del extraño con aquella arma de honor. La empuñaba con las manos separadas entre sí, como si estuviera acostumbrado a blandir armas de más larga asta. Utilizaba la sección del mango que quedaba entre sus manos para detener los golpes y lanzaba peligrosos contraataques de corto alcance mezclados con confusos malabarismos.

Faahut, el dueño del hacha robada, desenvainó un cuchillo y se levantó dispuesto a recuperarla del único modo que su mente guerrera concebía. Observó que el brujo se movía evitando cada intento que los otros dos hacían de rodearle. Cuando ellos se separaban, él rodeaba a uno de ellos huyendo del espacio entre los Mirmidones como de la peste. Cuando las paredes de las chabolas le impedían dar un rodeo, simplemente

retrocedía. Era un oponente muy hábil y un luchador muy diestro en armas, debía concederle eso puesto que había sido capaz de desarmarle, pero descubrió el modo de volver su destreza en su contra. El extraño se enzarzó en otro combate singular con el Mirmidón de la derecha. Cuando se dio cuenta de que el de la izquierda buscaba su espalda, se desplazó más a su derecha para evitarle. Entonces Faahut corrió para rodear a su camarada, apareciendo por detrás de éste y sorprendiendo a su presa. Su cuchillo se adelantó como una extensión de su avidez por la desprotegida garganta del intruso. Cuando el hechicero se agachó evitando por muy poco que la hoja se le hundiera entre los ojos y le partió por la cintura, Faahut descubrió que no le había sorprendido.

La explosión de sangre salpicó en abundancia las armaduras tanto del brujo como de los berserkers, que parecían poco apenados de que se tratase de la sangre de uno de los suyos. Las dos mitades cayeron con los muñones rebosando órganos internos seccionados mientras la cabeza aún se movía y gemía. El otro Mirmidón, sobresaltado por la inesperada intervención, avanzó pisando vísceras entre las dos mitades del cuerpo moribundo para sacar provecho de aquel inútil suicidio. Un trueno le acompañó en su salto para que su golpe descendente evitara la defensa de su rival y acertarle de lleno en el cráneo, pero fue recibido en el aire por un revés que le rajó desde el estómago hasta el corazón primario. Quedó paralizado, colgado del hacha sierra en funcionamiento y aprovechando forzosamente la ocasión de sentir y oír los dientes del filo triturando sus pulmones. Su propia arma le fue arrebatada en su caída hacia la oscuridad.

- Nunca he negado a nadie la muerte que desea –dijo el brujo con un hacha sierra en cada mano y viendo cómo el cadáver se desplomaba de espaldas entre los despojos del otro.

Detuvo con ambas armas todos los mandobles, cada vez más desesperados, del último oponente en pie. El berserker quedó sorprendido por la facilidad con que su enemigo desvió su ataque y le hirió en la pierna, el hombro y el costado de tres tajos seguidos, como si hubiera estado jugando con ellos desde el principio. Apretando los dientes para ignorar el dolor, aún tuvo fuerzas para un último intento que acabó cuando su hacha sierra cayó al suelo junto con su brazo cortado a la altura del codo. Otro corte en la pierna sana hizo caer de rodillas al Mirmidón, de espaldas a su vencedor.

- Son muy buenas armas –se burló el extraño.

- Te he subestimado –reconoció el marine sin jadeo ni síntoma alguno de cansancio, sólo con la voz constreñida por el dolor-. Acaba conmigo.

- ¿No sientes siquiera curiosidad por saber quién soy?.

- Eso no importa. Que mane mi sangre.

- Antes dime dónde estoy.

El yelmo del berserker giró hacia él.

- ¿No lo sabes?.

Silencio.

- ¿Por qué estás aquí entonces?.

Silencio.

- En Kretl –resonó al fin el berserker.

- ¿En el Ojo del Terror?.

- Sí.

- Lo suponía... –el hechicero miró a su alrededor. Las casas eran como las cabezas de una multitud que adorara el gigantesco edificio del centro de la ciudad- ¿Quién domina este mundo?.

- Nosotros, los Mirmidones Invencibles.

El berserker vencido se sometía a sus preguntas manteniendo su orgullo y marcialidad intactos. Un raro sentido del honor, ciertamente.

- ¿Quién os lidera?.
- Ya nadie. Nuestro general ha caído...
- ...y esta batalla que oigo son las propuestas de los candidatos a cubrir la vacante. El berserker rió.
- Si quieres llamarlo así...
- Mi nombre es Nephausto. Asegúrate de dejar claro quién te envía cuando llegues al infierno –asestó el último golpe y la cabeza del berserker cayó al suelo impedida de rodar por los ostentosos adornos del yelmo.

Nephausto se sentía como si un pensamiento suyo bastase para fulminar todo aquel lugar. No sabía cómo o porqué había llegado a aquel mundo cuando lo último que recordaba era su caída a una oscura muerte a manos del frustrador de su venganza, el bibliotecario proscrito Gabriel, que ante sus ojos se había convertido en un ser irreal e imposible dotado con la capacidad de acabar con alguien como él. Pero si algo tenía por seguro era aquella sensación de que su poder había aumentado y que utilizarlo era ahora mera cuestión de deseo, que su armadura antes verdosa como el cobre oxidado aparecía completamente libre de mácula, la herida de su estómago había desaparecido, la marca de Nurgle sobre su pecho había sido sustituida por la estrella del Caos y su cuerpo sanado de heridas no se pudría; ni siquiera necesitaba desviar parte de su concentración a evitar que la enfermedad de Nurgle corrompiera su carne porque no había enfermedad alguna en ella. Ni simiente de Sanguinius, ni Rabia Negra, ni la influencia de Nurgle. Había sido curado; curado por completo al fin.

¿Pero por qué?. Fue a Nurgle a quien imploró mientras caía. ¿Acaso había sido otro quien acudió en su auxilio y le rescató de la muerte?. ¿Y por qué todas sus heridas habían sanado excepto el ala que Gabriel le rebanara?. Nurgle ya no estaba en su cuerpo, lo sentía, pero los poderes que el dios de la podredumbre le había otorgado sí, más devastadores aún. Necesitaba respuestas.

- Respuestas. Te ha sido otorgada la vida y lo único que se te ocurre es buscar respuestas a tus inútiles preguntas.

Nephausto no pudo sino sorprenderse de que la cabeza que acababa de segar le hablara con un coro de muchas voces. Momentos después los muñones y heridas tanto de la cabeza como del cuerpo empezaron a arder y un brillo sepulcral apareció tras los visores del yelmo desde donde algo vivo volvía a asomarse, algo que ya no eran los ojos del marine. El cadáver mutilado se levantó y colocó su cabeza sobre sus hombros; las llamas que ascendían de la herida enmarcaron su yelmo pero no bastaban para atenuar el brillante fulgor anaranjado que lucía en sus ojos como el hierro candente.

- ¿Qué maldición eres tú? –preguntó oyendo el crepitar de la carne quemándose y oliendo su hedor.

- Te hablo en nombre de Los Cuatro a través de esta carcasa vacía. Has sido elegido, Nephausto. Los dioses del Caos están complacidos contigo.

Dejó caer las armas y guardó silencio unos momentos con una mezcla de orgullo e incertidumbre bulléndole en el pecho. Atenuó de inmediato su sorpresa ya que en el Ojo del Terror a los demonios le era fácil hacer su voluntad incluso si ésta era poseer un cadáver material.

- ¿Complacidos conmigo?. No lo comprendo –su voz había perdido gran parte de su fría arrogancia.

- Sí. Todos y cada uno de ellos se sienten satisfechos con tus andanzas. Has derramado y bebido tal cantidad de sangre que haces palidecer a muchos seguidores de Khorne. Tus esfuerzos y éxitos por conservar tu cuerpo incorrupto agradan a Slaanesh. Tzeench se complace de tus maquinaciones, especialmente del modo en que atrajiste al

Ángel Sangriento a tu causa. En cuanto al dios de la podredumbre, has sido uno de sus más poderosos siervos.

El orgullo ganó terreno en su interior. Sus acciones no sólo habían complacido a su señor, sino que habían atraído la atención de los otros tres grandes Poderes Oscuros.

- Así es, Nephausto. Puedes sentirte orgulloso –más llamas habían empezado a aflorar por las juntas de la armadura y por el respirador; aquella cosa consumía rápidamente a su contenedor corpóreo.

- Si tanta facilidad tienes en leer mi mente no necesito pronunciar mi siguiente pregunta.

- Tienes dos preguntas. Ya que has sido derrotado, te preguntas por qué tú has sido elegido... y para qué. Has desarrollado un importante potencial y tu destino ha tomado unos derroteros muy interesantes para Los Cuatro.

Su destino. Aquella palabra reverberó varias veces en su cabeza. Gabriel había querido negarle su destino cuando le derrotó sobre el palacio de oro pero ¿qué destino era ese?, se preguntó mientras el ente seguía hablando.

- Has seguido el camino a la demonicidad pero con una meta equivocada. Has comprobado los cambios operados en ti ¿verdad?... Exacto, ya no gozas sólo del favor de Nurgle, sino que todo el Panteón está representado en esa marca sobre tu pecho.

- No divagues, demonio –espetó Nephausto apremiado por el acelerado decaimiento de aquel cuerpo-. No parece que te quede mucho tiempo así que dime lo que quiero saber.

Una fuerza atrapó a Nephausto como un puño gigante e invisible y lo alzó en el aire. Al resistirse, sus poderes se manifestaron a su alrededor como un inútil halo de chisporroteos oscuros que no eran rival alguno para el poder del demonio que le miraba desde abajo con ojos ardientes.

- El poder y la fuerza son lo único que respetas. Eso está bien, agrada a los dioses, pero sólo respetas a aquel que posee más poder que tú y te crees el ser más poderoso de este mundo. Recuerda que, sin los dioses del Caos, no eres ni siquiera Nephausto; sólo un vulgar traidor.

El ente había dicho la verdad en cada palabra. El poder que había acumulado al mando de su destruida legión casi le había hecho olvidar a quién debía tal poder. Además, ahora los dioses le habían concedido aquello que había buscado tan arduamente; la curación total de su cuerpo junto con la bendición de Los Cuatro. Cuando descendió de nuevo hasta el suelo, Nephausto se arrodilló por propia voluntad con todo rastro de arrogancia borrado de su rostro.

- Eso está mejor. Ahora que nos comprendemos podemos ir al punto principal. Nurgle te confirió poder y libertad para buscar tu venganza. Ahora tu alma pertenece a Los Cuatro y tienen planes más elevados para tí. Sin embargo, como has dicho, fracasaste en tu anterior vida y por eso has sido reencarnado aquí, en este mundo. Khorne exige una prueba de tu valía antes de depositar su cofianza en tí y permitirte salir del Ojo del Terror.

- Dime qué desea que haga.

- ¿Qué puede desear el dios de la guerra?. Gánate su favor y estarás listo para afrontar la misión por la que se te ha permitido revivir. Cuentas con más poder del que nunca tuviste y eso sólo es una muestra de lo que obtendrás; utilízalo. Je je je... utiliza ese ingenio tuyo que tan delicioso resulta a los dioses. Pero antes te ofreceré cierta información; escucha atentamente, elegido...

En el ruedo de noventa metros de diámetro la sed de sangre y poder era saciada con los combates de los más poderosos miembros de la legión. Las gradas alrededor de la

arena era también escenario de encarnizadas luchas cuerpo a cuerpo. Los marines caían aturridos, rodando por las escalinatas para ponerse en pie y volver a subirlas buscando nuevos o viejos oponentes. Docenas y docenas de candidatos yacían muertos sobre charcos de su propia sangre, sobre arena o piedra, y seguían entrando más por las puertas abiertas del coliseo. Sería allí donde se decidiera al ganador.

Nephausto se encaminó hacia una de las entradas al coliseo. Extendió su ala y la superficie emplumada de ésta se estiró hasta convertirse en una gran tela ondeando a un viento inexistente; luego se abatió sobre él para asumir la forma de una capa de tela negra sobre sus hombros.

Uno de los más serios aspirantes cabalgaba por todo el ruedo a lomos de una alta montura de guerra a la que controlaba con las rodillas dejando sus manos libres para enarbolar una gran hacha de doble hoja completamente roja por la sangre acumulada en varios días. Su montura tenía el aspecto de un caballo pero de una corpulencia espeluznante. Dos cuernos de toro adornaban su cabeza, afiladas pezuñas de metal sustituían a sus cascos y estaba cubierto por una armadura tan pesada y completa que ofrecía serias dudas a que realmente hubiera un ser de carne y hueso bajo aquella piel acorazada. Era un juggernaut, la montura predilecta de los Mirmidones Invencibles; el mero hecho de ir a lomos de una criatura así era una prueba de alto rango entre ellos y de la aprobación del dios Khorne hacia el guerrero. Los estribos del paladín que lo montaba estaban rematados con hojas de hacha dispuestas para abrir cabezas a patadas. Montura y jinete formaban una infernal máquina de mutilación que se abría camino entre sus adversarios impunemente. La cabeza astada del animal era un ariete temible y, secundado por el hacha del paladín, imparable. Muchos se habían dado cuenta de la superioridad de aquel contendiente y se habían puesto de su parte, prefiriendo marchar junto a él que ponerse en su camino, con lo que se había formado un grupo que apoyaba a su líder para ser el nuevo general de los Mirmidones Invencibles.

- ¡Dáxor! –gritaban los más de cuarenta berserkers que le rodeaban-. ¡Dáxor! ¡Dáxor! ¡Dáxor!.

Él hacía dar vueltas a su montura y alzaba los brazos proclamando de antemano su victoria. Entonces otro grupo entró en la arena encabezado por un paladín que montaba una criatura metálica similar. Ambos quedaron con la mirada fija, separados por cincuenta insoportables metros que empezaron a ser devorados en una frenética carrera como si no fuera tolerable oír aquel nombre por más tiempo. Los juggernauts galoparon pesadamente hasta embestirse de frente mientras todo su alrededor se convertía en un torbellino de golpes y gritos. El segundo paladín portaba una pareja de hachas de bronce con el símbolo de Khorne ardiendo brillantemente en sus hojas. Los juggernauts se rodearon mutuamente con sus zancadas de oso dejando huellas por todo el terreno y volvieron a entrechocar sus amplias frentes. Mientras se empujaban, los jinetes intercambiaban golpes en su propia lucha sobre ellos, siendo el del hacha de doble hoja el que dominaba por la fuerza bruta de sus ataques. Las monturas acabaron galopando en paralelo, costado con costado, haciendo rechinar sus cuerpos a empujones. Tras un contundente toma y daca, el del hacha de doble hoja balanceó su arma para atacar la espalda de su rival. El de las dos hachas pasó una de sus armas por encima de su cabeza para detener el golpe y contraatacó con la otra, que impactó inevitablemente en un pecho desprotegido derramando sangre sobre una armadura. El otro sólo vivió lo suficiente para ver el rojo manantial de su cuerpo antes de deslizarse por la silla de montar; ya estaba muerto cuando cayó al suelo.

La lucha se detuvo. Los miembros del grupo perdedor aceptaron automáticamente el liderazgo de quien había demostrado ser un luchador más poderoso que su cabecilla y un nuevo nombre empezó a corearse.

- ¡Ya hemos tenido suficiente de esta batalla, Mirmidones! –gritó él poniéndose en pie sobre el lomo de su juggernaut, que quedó mansamente inmóvil-. ¡Durante días habéis buscado a alguien digno de comandaros! ¡y los dioses saben que no es tarea fácil!.

Un sonoro grito de aprobación surgió de doscientas gargantas. Los combates fueron cesando y más y más cabezas se volvieron hacia el centro del ruedo.

- ¡Yo soy Iván!, ¡a lomos de mi corcel he cortado más cabezas y derramado más sangre de la que ninguno de vosotros derramaréis en diez batallas!. ¡Aquel que quiera discutirlo que monte en ese juggernaut –señaló a la montura de Dáxor- y trate de equilibrar la balanza con mi sangre!. ¡Los Mirmidones deben ser liderados por el más fuerte! ¡basta de matarnos entre nosotros, hay enemigos de sobra con sangre que derramar!.

Su grupo, cuyo número había sido recientemente duplicado, gritó su nombre una vez más.

Otro berserker saltó a la arena y corrió a montar el juggernaut de Dáxor. - ¡Yo, Níkaler, soy el único digno de la comandancia de los Mirmidones!. ¡Lo he escrito con la sangre de esta legión por las calles y ahora será la tuya quien lo proclame en este santuario de la guerra!.

- ¡Que mane la sangre! –respondió Iván espoleando su montura con un sonido metálico.

Ambas bestias corrieron una vez más en direcciones opuestas con la cabeza gacha. El nombre de Iván era repetido una y otra vez en un monótono y pulsante cántico. Justo antes del choque, Iván hizo que su montura diera un paso falso a la derecha y luego cambió bruscamente de dirección para pasar por la izquierda del otro evitando así el choque frontal. Níkaler reaccionó tarde trazando un apresurado arco que Iván rechazó con una de sus hachas antes de que la otra arrancara la cabeza del rival de un soberbio golpe. El juggernaut siguió galopando con su jinete decapitado, que acabó cayendo envuelto en una nube de polvo.

- ¿Quién es más fuerte que Iván?. ¡Que baje aquí y lo demuestre o aceptadme como vuestro general!. ¡Yo os guiaré al honor y la gloria de la guerra!

- Iván.

El aludido se sorprendió un poco al oír el reto de uno de los suyos, pero cuando le miró vio que no estaba siendo retado sino que el berserker señalaba a las gradas. Había un desconocido cubierto por una capa negra sentado allí. Era una armadura de cobre lo que le protegía, no una armadura de Mirmidón.

- ¿Quién es? –pregunto sin griterío.

- No lo sé.

- ¿Quién eres? –esta vez se aseguró de ser oído a aquella distancia.

El extraño no se levantó, siguió allí mirando al suelo entre sus botas.

- El honor y gloria de la guerra... eso ha sido divertido.

- ¡Si no da una respuesta en tres segundos, cortadle la cabeza!.

- ¡No tan deprisa, Iván! –se apresuró a interrumpir uno al que le faltaba el adorno derecho del casco-. ¡Aún no te hemos elegido como nuestro general! ¡ninguno tenemos por qué aceptar tus órdenes!.

Aquella protesta fue rápidamente seguida por muchas más. Una intensa discusión acompañada por golpes empezó a subir de tono amenazando con convertirse en una nueva batalla mientras el extraño entrelazaba las manos con la mirada fija en el jinete.

- ¡Basta, Mirmidones! ¡basta!. ¡Tú! ¿crees que estamos aquí para divertirme?.

Iván obtuvo una sonora y cruel carcajada por respuesta que no sólo le molestó a él.

- ¿Permitiremos que ese cuerpo lleno de sangre se burle de nosotros? –dijo Iván haciendo que su montura ofreciera el otro costado al intruso.

- Nephausto es mi nombre, si es que das eso más importancia que al hecho de que tus camaradas se devoren entre sí. Si nadie se hace con el control, pronto no habrá legión que controlar; los Mirmidones Invencibles serán vencidos por sí mismos.

Los berserkers cercanos empezaban a estrechar un círculo a su alrededor.

- ¿En serio creéis que los guerreros de A'arghsob están ahora sentados lamiéndose sus heridas?.

El intruso no miraba a nadie ahora, pero el sonido de aquellas palabras bastó para que todos cesaran en sus intenciones durante medio segundo.

- ¿Qué sabes tú de eso? –preguntó Iván.

- En este momento Dol Gerbab se dirige hacia aquí con sus marines de plaga. No le costará acabar con los que sobrevivan a esta carnicería y tomar posesión de este círculo de piedra que llamáis santuario. Vuestros esclavos pasarán a ser suyos, vivos o muertos, y vosotros seréis arrojados a estanques donde vuestra carne putrefacta sirva para deleite de Nurgle.

Incluso las mentes saturadas de guerra y combate de los berserkers tuvieron que detenerse a considerar aquello. El forastero conocía el nombre del señor de los marines de plaga cuyo ejército creían haber aplastado y hablaba con preocupante convencimiento de lo que parecía una terrible posibilidad.

Iván hizo avanzar a su juggernaut hasta quedar junto a las gradas. La altura del corcel era tal que hasta la mitad de su cuerpo quedaba por encima de la barrera. – Tus mentiras no van a salvarte la cabeza. Dol Gerbab tuvo mucha suerte de escapar de nosotros pero allí no quedó alma alguna con vida.

El extraño volvió a reír.

- Piensas exactamente como él quiere que lo hagas. Desde el principio el plan de Gerbab fue el de haceros creer vencedores. Sólo luchásteis con una parte de su legión. El resto se mantuvo oculta y ahora viene para remataros como al animal herido que soís.

Cortarle la cabeza a aquel individuo ya no era tan tentador. Primero era necesario que les dijera...

- ¿Cómo sabes todo eso? ¿quién te ha enviado aquí?.

- Es gracioso que lo preguntes –Nephausto alzó la vista por primera vez hacia los ojos del jinete- puesto que es tu propio dios quien lo quiso.

- ¿Pretendes hacerme creer que Khorne te envía?. ¡Ni siquiera portas su marca! ¡ni eres un berserker!.

- Y además...

La lluvia cesó de repente tras un alzamiento de dos dedos de Nephausto. El agua que empapaba la capa y cubría la armadura del extraño se escurrió al suelo en segundos dejándole a él completamente seco.

- ¡Eres un brujo!. ¿Deshonras el nombre de Khorne insinuando que él ha enviado a un hechicero a nuestro planeta?.

- De hecho él ha demostrado especial interés por ello.

- ¡Matad a ese blasfemo!.

El círculo de marines del Caos cargó contra él. Sus palabras habían enfurecido a todos, lo sabía. Tendría que convencerles de lo que decía pero para ello no podía utilizar la hechicería, que ellos nunca respetarían aunque por ella se les diera muerte mil veces. Alzó una mano y una espesa niebla negra se desprendió de su capa enroscando su brazo estirado, extendiéndose por delante de él en una larga espina vaporosa que compactó en instantes. Ahora Nephausto empuñaba un largo bastón, tan negro como su capa, engendrado de su magia. El arma giró en su mano y golpeó a un primer enemigo que

cayó rodando por la grada hasta caer a la arena, a los pies de la montura de Iván. Un barrido por bajo hizo trastabillar las piernas de dos más haciéndoles seguir el mismo camino. Un hacha mordió furiosamente en aquella materia negra que no se astillaba ni agrietaba. Nephausto golpeó con ambos extremos en sendas cabezas y subió escalones buscando una posición más ventajosa mientras derribaba enemigos con sus hábiles garrotazos. Se cambiaba el bastón de mano sin dejar de girarlo, controlando su peso e inercia para asestar golpes contundentes que matarían a un humano normal. Vio que Iván hacía trepar a su bestia por las gradas y ascendía en pos de él a la carga destrozando la piedra bajo sus patas. Nephausto le esquivó dejándole pasar de largo pero ahora era el paladín berserker el que gozaba de una posición superior. Agarró firmemente el báculo con ambas manos y golpeó la cabeza del juggernaut con un sonido similar al tañir de una gran campana. La criatura acusó el golpe arqueando el cuello a un lado y sus miembros perdieron firmeza. Daba la impresión de que se derrumbaría; sin embargo Iván soltó una risilla.

La cabeza del juggernaut se volvió hacia el otro lado atrapando a Nephausto en su oscilar y enviándole a la arena del ruedo, veinte metros más abajo. Los berserkers rieron satisfechos de comprobar que Iván era más poderoso que el extraño, que quedó tendido de costado doliéndose por el brutal impacto. Muchos fueron los que corrieron hacia él para rematarle.

- ¡Quietos! –ordenó Iván-. ¡Es mío!

Ninguno le contradijo esta vez. Conforme su excitación iba en aumento, el paladín se volvía más peligroso para todo ser vivo que le rodeara. A cada golpe que asestaba y a cada caída del brujo, el respeto de los Mirmidones por él aumentaba a pasos agigantados. Su montura galopó escalones abajo y dio un salto directamente sobre Nephausto, quien rodó frustrando el intento del berserker de aplastarle bajo el peso de la bestia. Iván le pateó con su pie enfundado en el estibo dejándole marcada la afilada hoja de éste en la hombrera derecha. Aprovechando el aturdimiento del hechicero, alzó una de sus hachas para poner fin a su vida. El símbolo de Khorne trazó una línea luminosa en el aire mientras el arma caía sobre él pero falló cuando el extraño se deslizó por debajo de la bestia y apareció por el otro costado. El negro bastón le acertó en el pecho con tal fuerza que le hizo perder el equilibrio en la silla pero su juggernaut se revolvió defensivamente y volvió a cornear a su rival enviándole otros cuantos metros hacia el interior del ruedo.

Esta vez Iván unió sus risas a las de los Mirmidones.

- ¡Luchas sin embrujos, sólo con tu arma, como un guerrero! ¡eso te honra pero tu cráneo adornará la testera de mi corcel! ¡creo que ya le gusta!

El extraño se levantó sin más. De hecho parecía bastante aburrido.

- Tu montura de guerra está muy bien enseñada; te da la ventaja que necesitas en combate.

- ¿Qué insinúas con “la ventaja que necesito”? ¡Si la monto es precisamente porque Khorne supo que soy superior a los demás y merecedor de ello!. ¡Que tus dioses, sean quienes sean, equilibren la balanza si te creen digno!.

- Ya que insistes...

Nephausto extendió los brazos, entrecerró los ojos un instante y su capa se vio envuelta una vez más en un humo negro que se acumuló a su alrededor haciendo que los berserkers se alejaran de él repugnados por la magia. Se elevó mas de metro y medio en el aire mientras aquel humo tomaba forma corpórea bajo él y un furioso relincho retumbaba por las gradas en la tarde permanente de aquel mundo. Cuando la nube se disipó Nephausto montaba un grandioso, magnífico caballo negro de ojos rojos y brillantes como gemas. Una miasma residual de vapor subió en espiral por el bastón y

formó otra pequeña nube en el extremo que se endureció hasta formar una afilada hoja curva. El bastón era ahora el asta de una guadaña.

Iván soltó un gemido de ansia. Las dudas acerca de la identidad de Nephausto y sus dudosos conocimientos habían desaparecido de su cabeza. Tenía una lucha ante sí, puede que una lucha digna, o breve, o ambas cosas. Era una lucha con la que demostrar su habilidad guerrera sin tener que matar a uno de los suyos; era todo lo que ahora necesitaba. Era todo lo que ahora deseaba.

Nephausto admiró la magnitud de su nuevo poder. Casi sin pensarlo podía crear armas e incluso seres de la nada. Sus poderes fluían de su única ala, ahora en forma de capa. Era como una fuente de potencial infinito al que podía dar forma con su sola voluntad. Supo que los dioses lo habían querido así por alguna razón. El ala que había perdido era un permanente recordatorio de la victoria de Gabriel.

Vistos desde el cielo, era como si ambos lucharan en la pupila de un gigantesco ojo de piedra rodeados por un iris lleno de berserkers expectantes.

Cuando ambos jinetes azuzaron a sus monturas el berserker de Khorne vio que el caballo de Nephausto era mucho más rápido y ágil que su juggernaut, lo suficiente para evitar su embestida y pasar por su lado sin esfuerzo. Ambos aprovecharon la oportunidad de atacar; Iván rechazó el primer golpe y contraatacó con su segunda hacha pero Nephausto hizo girar la guadaña para detener el intento con el mango. El caballo negro dio media vuelta y alcanzó a Iván mientras el juggernaut aún estaba girando con su pesado trote. Él lanzó hachazos hacia atrás procurando mantener a Nephausto a distancia hasta que su montura se colocara en la posición adecuada; éste le enganchó el arma por la hoja empleando su guadaña como un gran garfio e hizo frenar a su caballo. Para evitar caerse del juggernaut, que necesitaba más distancia y tiempo para frenar su peso, Iván tuvo que soltar el hacha. Había perdido una de sus armas.

Hubo murmullos entre los berserkers. La mayoría se habían retirado del ruedo para evitar ser arrollados y permanecían junto a la barrera a la espera de que Iván se alzara con la victoria. Era el único que había conseguido alcanzar al extraño de la armadura de cobre; cuando le derrotara, esa victoria junto con las que había acumulado le proclamaría como el mejor y eso inquietaba a muchos que aún esperaban una oportunidad de hacerse con el generalato. Los gritos pidiendo sangre y muerte atrajeron a los Mirmidones al coliseo y pronto aquella fue la única lucha que seguía librándose en la ciudad.

El berserker era un rival como no había tenido otro antes. Se enfurecía más y más a cada golpe que asestaba pero mantenía un dominio completo sobre su arma y sus movimientos. Si el poderío de un dios se mide por la habilidad de sus adoradores, estaba claro por qué Khorne era el supremo dios de la guerra. Pero Nephausto contaba con su habilidad, su experiencia en la lucha con y contra el Caos y, si aquel espectro necromante había dicho la verdad antes de que su contenedor se deshiciera en cenizas y metal fundido, con la protección de Los Cuatro.

La guadaña giró en sus manos obligando al berserker a agacharse. El contraataque de Iván fue bloqueado cuando Nephausto cogió su guadaña del revés y la interpuso en su tajo. Cabalgaron en direcciones opuestas, permitiendo que la distancia entre ellos creciera, preparándose para el próximo envite. Iván lanzó un grito espoleando al juggernaut con rabia mientras su rival contracargaba con su capa flotando al viento, silencioso como la propia muerte. Nephausto no se esperaba que el berserker le arrojaría el hacha que le quedaba antes del cruce; la repelió de un golpe de su guadaña dejando con ello su defensa abierta para que Iván entrara.

Todos vieron cómo el Mirmidón saltaba de su montura y placaba al extraño derribándole de su caballo y haciéndole perder la guadaña. Se revolvieron aferrados en

la arena, cada uno intentando terminar encima del otro. La excitación fue en aumento cuando el polvo ocultó parcialmente a los luchadores dejando sólo sus siluetas visibles. En algún momento Iván debió de ser capaz de encoger una pierna entre ellos y patear a su oponente ya que Nephausto salió despedido.

- Ya nos hemos divertido bastante –dijo Nephausto mientras ambos se levantaban con las amaduras polvorientas-. No te queda mucho tiempo.

- Eres fuerte, pero es a ti a quien se le acaba el tiempo.

Nephausto negó con la cabeza.

- Si quieres saber a qué me refiero, dile a ese que se quite el yelmo.

El hechicero cabeceó hacia Astuge, uno de los primeros en reconocer a Iván como único merecedor del rango de general, pero a ojos de Nephausto debía de ser otro de tantos berserkers.

- ¡Tus argucias no van a confundirme!. ¡Lucha como un guerrero, no mancilles mi victoria haciéndome matar a un cobarde!.

Iván se dispuso a atraparlo a manos desnudas. Nephausto le esquivó como a un toro bravo, evitando a contienda.

- No es argucia. Dile que se descubra ante tí.

Lo intentó de nuevo. Esta vez fue demasiado rápido y su rival tuvo que agarrarle la muñeca para evitar que el guantelete de bronce se cerrara sobre su garganta. La otra mano de Nephausto interceptó un puñetazo pero no pudo evitar ser pateado en la greba con lo que se vio obligado a echar el pie atrás perdiendo el equilibrio y casi hincando la rodilla. Iván trató de asestarle un cabezazo; Nephausto se agachó más aún para evadirse del golpe de aquel yelmo, le agarró por la pierna e Iván fue alzado por la fuerza bruta del hechicero de bronce, quien le estrelló de cabeza contra el suelo.

Los murmullos se unieron en un suspiro de sorpresa. El Mirmidón estaba inmóvil, con las botas de su vencedor muy cerca de su cabeza.

- Tal vez ahora estés más dispuesto a escuchar –le dijo mirándole desde toda su altura.

Inesperadamente, Iván alzó las piernas con un movimiento de tijera, girando sobre su nuca y hombros y lanzando patadas en todas direcciones, que rechazaron a Nephausto, antes de volver a la verticalidad de un brinco. Estaba muy lejos de una derrota y los ánimos de los suyos renacieron ensordecedoramente... sólo para volver a acallar momento después.

Sombras inmensas se proyectaban sobre todo el estadio cuando tres navíos la sobrevolaron a docenas de metros de altura.

- ¡Cuernos de Khorne! ¿qué significa esto?.

- Te he avisado –repuso Nephausto a la pregunta de Iván-. Vuestros amigos de A'arghsob han venido a devolveros la visita. Y ese no es el mayor de vuestros problemas.

Nephausto cabeceó otra vez hacia el mismo Mirmidón de antes. Con su confianza hacia las palabras del extraño creciendo a pasos agigantados, Iván decidió seguirle la corriente.

- ¡Astuge, ven aquí!.

El berserker se acercó para recibir órdenes mientras todos los demás miraban desafiantes al cielo y a las naves como parásitos que descendían.

- Quítate el yelmo.

- ¿Qué?, ¿para qué, Iván?.

- ¡Haz lo que te digo!.

Astuge obedeció. La piel de su mejila derecha estaba agrietada; podía verse tejido adiposo amarillento y una red de capilares enfermiza. El hedor de la corrupción manó al instante. - ¿Qué ocurre? –preguntó cuando se dio cuenta de que todos le miraban.

- Está infectado por las plagas de Nurgle –aclaró Nephuasto-. Casi un tercio de los tuyos lo está. Vuestra victoria en A'arghsob sólo sirvió para haceros vulnerables a un contraataque como éste.

El berserker se tocó la cara. Se horrorizó al sentirla como melaza y más aún al ver sus dedos impregnados de su propia grasa. Había perdido la sensibilidad y el olfato; no había otra explicación para que el hedor a podredumbre que desprendía le hubiera pasado desapercibido.

Iván desoyó las lamentaciones de Astuge inmerso en sus pensamientos.

- ¿Khorne te envía realmente?.

La risa de Nephausto, demasiado característica, le hirió en los oídos.

- Khorne me envía a hacer su voluntad. Soy el elegido de los dioses. Ellos me han librado de la muerte y me han bendecido para poder llevar a cabo mi destino. Y aunque no se qué es lo que me depara, ir de la mano de los Poderes de la Ruina es razón suficiente para seguirlo.

Nephausto estaba llegando a aquellas conclusiones en aquel mismo momento. Ahora las palabras del demonio cobraban todo su sentido. Había estado equivocado todo el tiempo; los poderes del Caos no eran un arma con la que conseguir un objetivo, sino un objetivo en sí mismos. No los usaría para buscar venganza sino para obtener más poder aún. Haría la voluntad de los dioses y no la suya propia, se ganaría su beneplácito para hacerse merecedor de sus recompensas de poder. El poder era lo que respetaba, sí. Poder y más poder. En aquellos momentos Nephausto perdía los últimos atisbos de pensamiento independiente que había conservado como siervo de Nurgle; la influencia de Los Cuatro era demasiado incluso para una mente de hierro como la suya. La estrella del Caos sobre su pecho ya no sólo marcaba su armadura sino lo más hondo de su alma.

Las naves empezaron a bombardear toda la zona desde el aire. Descargas de plasma y ráfagas de bólter pesado hicieron hervir la arena del coliseo y arrancaron pedazos de piedra fundida de los soportales superiores. Los Mirmidones buscaron refugio en la armería, situada en los cimientos del santuario, mientras la población de esclavos era diezmada y sus casas destruidas como muestra de su patetismo ante la potencia de tal ataque.

Iván corrió a recuperar sus hachas corriendo en zigzag. Luego montó de un salto en su juggernaut y lo hizo galopar como nunca hacia una entrada en la pared de la arena que daba a una rampa descendente.

- ¡Iván! –le llamó uno de los suyos-. ¡Mira eso!.

Nephausto caminaba tan campante, como si la lluvia de muerte que caía no fuera más dañina que la que él mismo había hecho parar hacía un rato. La guadaña voló desde el suelo a su mano con un gesto cuando llegó junto a su caballo y lo montó aferrándose a sus crines. Los disparos que deberían hacerle saltar en pedazos impactaban contra la nada a dos metros por encima de su cabeza sin llegar a alcanzarle.

- Estáis perdidos –dijo mientras entraba en el túnel al paso con los Mirmidones empujándose a su alrededor-. Este ataque acabará con todo rastro de vida en la superficie. Los que estéis sanos seréis infectados por los enfermos aquí abajo y cuando os encuentren les rogaréis que acaben con vuestro dolor.

- ¡Hazle salir de aquí, Iván! –se quejó Astuge cada vez más falto de aliento-. ¡Él me ha hecho esto! ¡le envía Gerbab a extender la paga!.

- ¿Qué haremos los demás, Iván? –quiso saber otro.

- ¿Cómo sabremos quién está infectado?

- ¡Tenemos que llegar a las naves!
- ¡Basta, silencio todos! –en aquel momento el generalato y sus responsabilidades, que de algún modo habían recaído sobre él ante la actual crisis, no tenían ningún atractivo para Iván-. ¡Las naves habrán sido su primer objetivo, ahora no serán más que cráteres en el suelo!.

- Bien –alabó Nephausto, que montaba por detrás de él mientras el grupo descendía hacia la oscuridad-. Bien deducido, puede que realmente tengas madera de líder.

- ¿Le matamos ya, Iván?.
- ¡No, maldita sea!. ¡He dicho silencio!.

Los Mirmidones y su peculiar invitado llegaron a unas salas subterráneas con aspecto de ser antiguas forjas. Había hachas sierra colgadas de garfios en una pared, pistolas bólter en otra, pistolas de plasma sobre una mesa de madera cerca de una fragua extinta, y mucho más de todo ello desparramado por los suelos. Las antorchas cedían su luz rojiza al entorno lo cual, junto a las paredes de piedra resquebrajada por los años y los temblores del bombardeo superficial, producía la sensación de haber entrado en el infierno. A excepción de la primera sala, donde las monturas eran dejadas, aquel lugar se componía de pequeñas estancias una tras otra como las celdas de una mazmorra.

- Bonito agujero –dijo Nephausto al entrar. La amplia arcada les permitió tanto a él como a los Mirmidones montados en juggernauts hacerlo sin desmontar.

Los berserkers, considerando su presencia como una intrusión, le acribillaron a miradas de ira. Iván puso pie en tierra. Un vistazo le bastó para darse cuenta de que la enfermedad y la podredumbre se extendía entre sus hombres. La proximidad de los marines de plaga había hecho germinar las semillas de miseria que muchos contrajeron en A'arghsob. Por todos lados veía berserkers que descubrían sus propias caras llenas de llagas y cuya piel se desprendía de su carne.

- De acuerdo, decías la verdad –dijo Iván con dolor.
- Quien iba a decírtelo, ¿eh?.
- ¡Mis hombres se caen a pedazos!. ¡Detén esto ahora!.
- ¡Iván! –interrumpió un berserker- ¿quién dice que seamos tus hombres?.

Nephausto vio que era el mismo Mirmidón del casco roto que antes había hecho el mismo reproche a las palabras de Iván. Aquel hombre ardía en deseos de alzarse con el mando y no estaba dispuesto a dejar pasar ocasión alguna de acercarse un poco más a él.

Iván le respondió con dos hachazos a la vez. El rebelde pudo bloquear uno pero el otro le cortó el segundo adorno de su casco de berserker. El siguiente movimiento de Iván golpeó en el arma del otro desarmándole.

- Lo digo yo -no hubo más quejas. Iván se volvió hacia Nephausto extendiendo la amenaza en su dirección-. Detén esto.

Nephausto sonrió.

- ¿Pides a un hechicero que use su brujería para ayudarte, berserker?.

Iván no respondió. A través de esa máscara Nephausto pudo ver que el Mirmidón se partiría en dos con su propia hacha antes que admitir eso.

- Es posible que pueda eliminar la corrupción de los tuyos. Eso al menos os permitiría defenderos con todas vuestras fuerzas.

Permitirles defenderse con todas sus fuerzas, sin enfermedades demoníacas comiéndoles la carne, luchando como guerreros. Era exactamente lo que Iván quería oír y supo que Nephausto lo sabía.

- Por supuesto no lo harás sin cobrarte tu precio, ¿verdad buitre?.

- Dol Gerbab espera enfrentarse a un puñado de enfermizas carcasas acorraladas. Si quieres liderar a esta fuerza debes saber cómo atacar a tu enemigo –Nephausto

miraba ensimismado cómo la enfermedad debilitaba a los poderosos berserkers de Khorne. El tal Astuge se había derrumbado y lo único que lo sostenía sentado era la pared en la que se apoyaba-. El factor sorpresa puede ser muy poderoso.

- ¡Deja las lecciones de estrategia... –Iván tosió húmedamente- y anula esta maldición o no serás más útil que un esclavo sin cabeza!.

- Khorne quiere guerra y yo debo satisfacerle, berserkers. La pregunta no es cuán útil soy para vosotros, sino lo útiles que vosotros le soís a él.

Por qué Nephausto seguía pareciendo tan superior a pesar de ser un hombre solo frente a los Mirmidones era una pregunta inexplicable que irritaba a cada uno de ellos. Sin embargo hablaba con vehemencia sobre la voluntad de Khorne y sus palabras eran ciertas. Bajo el ataque de los siervos de Gerbab, los Mirmidones estaban centrando su ira sobre un extraño en lugar de hacia donde debían enfocarala: a los pies del trono de cobre, a los ojos del dios de la guerra, al cuello del enemigo.

- ¡Al infierno con ese! –espetó uno de ellos cogiendo ruidosamente su pistola de plasma-. ¡Si Gerbab nos quiere hagámosle pagar un descomunal precio!.

- ¡Aunque nuestra carne esté infectada, nuestras almas son intocables porque pertenecen a Khorne!.

- ¡Khorne nos dará fuerza para aplastar al enemigo o se hartará de nuestra sangre, de ambos modos le serviremos!.

Iván se mantuvo relativamente al margen de la explosión de fervor que se apoderaba de los suyos uno tras otro. Miró a Nephausto, quien les contemplaba con una expresión indescifrable. ¿Quién era aquel que con una simple frase enardecía a una legión enferma y atrapada?. Y aún más importante ¿cómo sabía todo lo que sabía?.

No lejos de una formación de ardientes carcasas metálicas gigantes como montañas, todo lo que quedaba de las naves de los Mirmidones, tres naves tomaron tierra. Habían sido construidas con la forma de garrapatas de cien metros; sus múltiples patas se hundieron en el suelo desértico y sus cabezas descendieron hasta que sus mandíbulas pudieron morder la tierra como un avance de la intención de sus ocupantes de desangrar al planeta y a sus habitantes. Una vez los traqueteos mecánicos y los silbidos presurizados hubieron remitido, la cabeza de cada nave se abrió hacia los lados descubriendo una rampa de descenso y un túnel que se perdía en la oscuridad.

El ejército de La Mano Corrupta era un espectáculo aborrecible para los hombres corrientes. Guerreros más altos aún que un marine espacial cuyas armaduras habían sido corrompidas hasta el extremo de lo imposible. ¿Qué magia del Caos podía hacer crecer llagas y pústulas supurantes en la ceramita y el metal?. La del dios de la podredumbre y la decadencia, por supuesto. El poder indefectible de Padre Nurgle. Descendieron de las naves por escuadras. Todos y cada uno de ellos habían pertenecido a una de las más despiadadas falanges de la Guardia de la Muerte hasta que Gerbab decidió separarse de las huestes de Mortarion. A pesar de que el primarca y sus esbirros les juraron muerte, La Mano Corrupta conservaba muchas de sus enseñanzas militares. Cada uno agarraba su bólter como a una amante y miraba con curiosidad a su alrededor. Habían llegado a aquel mundo para acabar con los Mirmidones Invencibles. Primero extendieron la plaga entre sus esclavos, los cuidadores de su templo, para instigarles a atacar. Les hicieron pensar en una victoria permitiéndoles acabar con la parte más prescindible de su ejército. Ahora, debilitados y enfermos, serían la presa perfecta. En A'arghsob su territorio estaba cercado por sus rivales; ahora tendrían un nuevo mundo en el que expandir la muerte.

Dol Gerbab, Señor de la Peste, miraba la cercana ciudad mientras su ejército se organizaba rápidamente a sus espaldas. Al igual que las de sus hombres, su armadura era marrón oscuro, como el apestoso barro semi-líquido que le recubría. El visor derecho de su casco estaba cruzado por una antigua cicatriz de guerra que le había hecho perder ese ojo. El visor izquierdo era desproporcionadamente grande.

- Hay que ir con cuidado, señor –dijo Madar, su lugarteniente de mayor confianza, al ponerse a su lado-. Ahora estamos en su terreno.

Ambos rieron por lo ridículo de esa observación mientras contemplaban el gran coliseo que emergía de un mar de minúsculas burbujas de barro.

Gerbab aspiraba ruidosamente, entrecortando sus frases.

- Esto va a ser una cacería en firme –gorgoteó-. Podríamos hacer concursos de cazar cabezas, como hicieron ellos.

- Estos pobres berserkers son tan predecibles. Bastó un pequeño estímulo para hacerles reaccionar. Se escupe en su dirección desde la cima de un muro y se lanzan a la carga intentando derribar el muro con sus manos.

Guerbab permaneció en...

- Silencio. Hay demasiado silencio.

Madar cayó en ello.

- Ahora deben de estar encogidos en sus madrigeras, esperando que nosotros lleguemos para darles el golpe de gracia.

Mientras tanto, una escuadra bajó en último lugar de una de las naves. Sus siete integrantes eran verdaderos monstruos. El que lideraba al grupo no llevaba casco; no le habría sido posible, su cabeza de dos caras era demasiado ancha para ello. Le seguía uno que cojeaba sobre el tentáculo en que se había convertido su pierna derecha. Pinzas en lugar de manos, cuernos que brotaban de cráneos deformes... hasta cuatro brazos se contaban en el último de ellos. Eran los Bendecidos por La Mano; marines cuya

devoción por Padre Nurgle era tal que habían prestado sus cuerpos a ser poseídos por demonios. Aunque eran los marines los que llevaban gran parte del control de su cuerpo, los entes adecuaban el habitáculo de carne a su esencia y poder provocando aquellas mutaciones de pesadilla.

Un tanque Predator se situó a la cabeza de cada una de las tres secciones en que se dividió el ejército. Eran, con excepción de dos transportes Rhino, los únicos vehículos de que Dol Gerbab disponía. Uno era para Gerbab, el otro para los poseídos.

- El santuario de los Mirmidones será nuestro punto de reunión. Dividíos y arrasad toda la zona. No quiero encontrar otra cosa que cadáveres. Los apilaremos a todos en la arena del santuario para glorificar a Padre Nurgle.

- Tus órdenes se cumplirán, Dol Gerbab –respondió Derho Zeme, el líder del flanco izquierdo, por el comunicador.

- Que Nurgle nos dé su bendición –añadió Madar antes de encaminarse al flanco derecho.

Los Predator abrieron la marcha con un preocupante ruido de sus motores. Los poseídos entraron en su transporte y siguieron a la tropa de Gerbab, que avanzó apoyada por la de Madar mientras la sección de Zeme rodeaba la ciudad para entrar por otro flanco.

Pronto empezaron a oírse alaridos de terror y ráfagas de bólter. Los esclavos de los Mirmidones eran apreciados por los marines de plaga como un aperitivo y abatirlos era un relajante deporte para ellos. No había calles allí, pero había suficiente espacio entre las casas esféricas para que los tanques maniobraran hacia el alto coliseo. De vez en cuando los artilleros perdían la paciencia y malgastaban la munición de los bólters pesados de las barquillas en despedazar cualquier cosa que se moviera o resaltara.

Madar vio un gran agujero en una pared y se asomó al interior sin precauciones. Había un Mirmidón despanzurrado y degollado sobre un jergón de paja. Activó el comunicador con una sonrisa que más parecía una herida en su cara decaída..

- Señor, aquí Madar. He entrado en contacto con el enemigo.

- ¿Oponen fuerte resistencia?.

El lugarteniente echó otro vistazo al cuerpo. Las piedras que lo rodeaban daban más impresión de movimiento incluso cuando le pateó la pierna.

- No, señor. Parece que la ausencia de Piotor les animó a celebrar una pequeña fiesta antes de nuestra llegada, exactamente como dijiste –cortó la comunicación antes de lanzar un escupitajo al cuello del cadáver-. Berserkers...

Derho Zeme y su escuadra encontraron otro cubil lleno de humanuchos y dejaron que sus bólters les acunaran con una rápida canción.

- Señor, aquí Zeme. Lo único que hay en esta ciudad son ratas. No hay rastro de los berserkers.

- Creemos que se ocultan bajo el coliseo –respondió el comunicador-. Seguid peinando la zona según el plan.

- Sí, señor.

El Predator que apoyaba a su contingente entró en una zona mucho más amplia, como una plaza. Los marines de plaga le siguieron de cerca, a menudo pisando sin precauciones a los esclavos que yacían, cadáveres o moribundos, tras sus ráfagas. Nada pudo avisarles del primer contacto real con fuerzas hostiles en aquel planeta. Aparecieron de detrás de cada casa a la izquierda y abrieron fuego con sus pistolas. Zeme los vio, eran los Mirmidones, pero actuaban de un modo extraño. En lugar de la acostumbrada carga frontal los berserkers tomaron posiciones entre las ruinas de las

chabolas dispuestos a enzarzarse en un tiroteo. Varios proyectiles bólter atravesaron su armadura y la de los suyos y detonaron en sus cuerpos abriéndoles grandes agujeros, pero ningún marine de plaga reaccionó más violentamente que si hubieran oído un petardo.

El Predator giró su torreta y su barquilla izquierda. El bólter pesado y el cañón automático gritaron al unísono sembrando el flanco de explosiones mientras el tanque pivotaba sobre sus cadenas para ponerles a tiro de su otra barquilla. Zeme ordenó avanzar sobre ellos. Aquella conducta de los berserkers sólo podía significar que la plaga les había dejado demasiado débiles como para buscar el combate cuerpo a cuerpo, terreno en el que desenvolvían la práctica totalidad de sus batallas. Era el momento de pasarles a cuchillo.

- Señor, los Mirmidones dan la cara al fin –informó a la vez que caminaba disparando su bólter a una mano-. Estamos siendo atacados por un pequeño grupo no lejos del coliseo.

El rifle de plasma de la escuadra arrojó muerte incandescente sobre el enemigo pero sólo logró fundir los restos de la casa tras los que se ocultaban. Zeme ordenó que los marines de plaga de retaguardia avanzaran sobre ellos desde otro franco.

- Aquí Dol Gerbab ¿evaluación del ataque? –dijo el comunicador.

- Están completamente demacrados, señor. Se esconden entre las piedras en lugar de plantar batalla; les aplastaremos en...

Zeme se dio cuenta de su error demasiado tarde, exactamente al mismo tiempo que un segundo grupo de Mirmidones emergía del lado opuesto corriendo directamente hacia el Predator. Éstos corrían y gritaban con la vivacidad y demencia a la que les tenían acostumbrados; alzaban sus hachas al cielo y disparaban sin cuartel en su carga. Si había algún rastro de enfermedad bajo aquellas armaduras, su efecto no era visible. Les dirigía un paladín montado en juggernaut cuya pistola de plasma abatió a uno de los marines de plaga con un foganazo. Zeme intuyó instantáneamente cuál era su objetivo pero ya no había tiempo. El paladín y su escuadra cargaron rabiosos sobre ellos mientras otros se apresuraban a colocar granadas perforantes en el blindaje posterior del Predator, que había quedado expuesto al flanco derecho cuando giró para encarar a sus primeros atacantes. El jinete del juggernaut derribó a Zeme de un golpe de su hacha. A pesar de haber sido capaz de bloquear el ataque con su espada, el berserker tenía la fuerza necesaria para tirar al lugarteniente al suelo. Antes de levantarse vio que los Mirmidones del flanco izquierdo cargaban sobre su retaguardia, abandonando sus posiciones de tiro para retomar su papel de máquinas despedazadoras. Algo iba mal.

Las granadas adheridas magnéticamente al mamparo del tanque implosionaron y luego explotaron destruyéndolo todo en medio metro a su alrededor, abriendo grandes boquetes y alcanzando el depósito de combustible. En segundos el Predator se había convertido en una ardiente jaula para su tripulación. El artillero abrió la escotilla de la torreta con su armadura impregnada de combustible en llamas. Salió de aquel agujero infernal y se puso en pie sobre una de las cadenas ignorando el fuego que le envolvía. El paladín de Khorne le alcanzó con un hachazo que le hizo caer al suelo con una esquina de su coraza como única unión entre las dos mitades de su cuerpo. Un paladín de Nurgle disparó sobre el vociferante Mirmidón montado; el juggernaut se volvió hacia él con su enorme cabeza y lomo formando una formidable protección para su jinete, una protección que hizo rebotar cuantas ráfagas de bolter disparó sobre él. No sería con el bólter como conseguiría matarle. Apretó fuertemente la empuñadura de su espada de plaga y se lanzó a por él. Evitó por poco la cornada del juggernaut pero el berserker detuvo su sesgo con el hacha; entonces la bestia le mordió la hombrera; los colmillos de metal atravesaron el blindaje e hirieron su carne pútrida, inmovilizándole.

El paladín vio el hacha caer sobre él. Lo último que vio fue el mundo dando vueltas mientras caía.

El juggernaut arrojó el appestoso cuerpo sin cabeza. Sangre oscura le chorreaba de las fauces. Los marines de plaga no retrocedieron un solo paso, pero su coraje no pudo evitar que la brutalidad y habilidad del enemigo les superara.

- Zeme, responde –dijo el casco del lugarteniente a su cabeza demasiado ocupada en combatir contra enloquecidos adversarios que les obligaban a agruparse más y más-. ¿Habéis acabado ya con ellos?. Madar informa de un ataque. Ha perdido su Predator en una emboscada. Zeme... ¡respóndeme, maldito! ¡soy Dol Gerbab!.

Su segundo lugarteniente no respondía. Sentado en el oscuro interior de su Rhino, Dol Gerbab lo intentó con los paladines pero desde el flanco izquierdo de su ejército nadie le respondía. Toda la ciudad empezaba a inundarse de los sonidos de la batalla, y los sonidos de una batalla contra berserkers de Khorne podían ser aterradores incluso para los protegidos de otro dios. Contactó con Madar percatándose de que los elegidos hacían suya su tranquilidad.

- ¡Aquí Madar! –sonó agitado, sin su habitual mordacidad.
- He perdido contacto con Zeme. ¿Cuál es tu situación?.
- ¡Los Mirmidones no han sido debilitados, señor! ¡la plaga no les ha hecho el menor efecto! ¡luchan como demonios, apenas sí podemos contenerles!.
- ¡Eso no es posible!.

Madar ya no respondió. A través del comunicador sólo llegaron sus furiosos gritos y el chirriar de alguna clase de armas sierra. El silencio cuando Gerbab cortó la señal advirtió a los elegidos que su señor estaba irritado. Les llegó un ensordecedor griterío desde exterior. Dos de ellos abrieron el escotillón superior del compartimento de carga para ver a los Mirmidones salir de todas partes y atacar a sus escuadras. Venían desde donde deberían estar las tropas de Zeme y Madar y también desde el frente, en enormes grupos dirigidos por jinetes de juggernaut.

- Así que luchan como demonios –susurró Gerbab con la vista en alto-. Ahora verán a verdaderos demonios. Soltad a los Bendecidos por La Mano.

Los marines de plaga se organizaron rápidamente, pero no lo bastante para formar un frente eficaz contra la rápida carga de los Mirmidones. El muro de fuego de sus bólter fue la única defensa de que dispusieron pero sabían que no sería suficiente. Aquel combate se resolvería en cuerpo a cuerpo. Ellos disponían de su confianza en sus armas y la resistencia antinatural brindada por Nurgle; sus enemigos con un gran dominio del cuerpo a cuerpo y un salvajismo animal que pondría en entredicho la protección de la más poderosa armadura.

Primero las armas de plasma y fusión se cobraron su tributo, luego los lanzallamas abrasaron el aire y todo lo que encontraron, pero los Mirmidones siguieron adelante. Su carga fue tan fugaz que el primer guerrero de La Mano salió por el aire antes de darse cuenta del tamaño del juggernaut que le había embestido. El sólido frente de los marines de plaga, que tantos horrores propios y enemigos había resistido, flaqueó nada más producirse el encontronazo. Los paladines segaron cabezas por doquier desde sus monturas, las hachas sierra cargadas de runas se hundieron en armaduras pringosas con el rechinar del metal contra metal y las pistolas de plasma dispararon a bocajarro para añadir bajas al creciente montón en torno a los Rhinos.

Dol Gerbab salió de su transporte con su maza de cadena en las manos. Le siguieron los seis elegidos de la legión, cada uno de ellos un poderoso paladín de Nurgle. Portaban cimitarras de hojas irregulares y espinosas pero, a pesar del pandemónium que les rodeaba, no actuaron. Gerbab sabía bien que la fuerza de los Mirmidones se

encontraba en sus rabiosos asaltos, pero una vez resistidos eran presa fácil para el contraataque de seres como los Bendecidos por la Mano. En respuesta a sus pensamientos, el otro Rhino abrió sus puertas y los siete mutantes abandonaron su interior.

Algo más lejos, dos jinetes aparentemente solitarios contemplaban la escena.

- ¿Te das cuenta? –dijo Nephausto-. Gerbab sabe lo que se hace. Fíjate, aún tiene muchas tropas en la retaguardia. Cuando él cargue contra tus tropas retenidas en el combate habrá una matanza en vuestra contra.

Iván no respondió. Ahora entendía por qué Nephausto le había sugerido quedarse atrás. Los Mirmidones, tras haber emboscado a los otros dos contingentes enemigos según la estrategia recomendada por el hechicero, estaban haciendo estragos. Pero la sección de Dol Gerbab sería la más dura de abatir.

Las garras de los poseídos se cerraron sobre sus víctimas, desgarrando miembros y atravesando torsos con golpes secos y certeros. Uno de ellos empleó su tentáculo para barrer las piernas de dos descuidados y hacerles caer. Hundió sus dedos rematados en puñales de hueso en la cabeza del primero y enroscó el tentáculo alrededor del cuello del segundo hasta partirlo. Un Mirmidón le cortó el tentáculo provocando una cascada de fluido negro. El poseído le hizo pagar cara la profanación de su cuerpo agraciado por el hijo de Nurgle del que era anfitrión, abriéndole en canal de un zarpazo.

Habían caído muchos en la primera acometida de los Mirmidones, pero los guerreros de La Mano supervivientes resistieron mientras sus camaradas avanzaban desde la retaguardia. Los cuchillos y ráfagas bólter empezaron a nivelar la balanza. Entre la confusión de cuerpos en constante entorchocar, Gerbab hizo girar la maza y cadena por encima de su cabeza y la descargó. Aquella bola de hierro salpicada de gruesas púas trazó un arco y rompió tres cascos de berserker, que cayeron al suelo con las cabezas irreconocibles. El señor del Caos controló el movimiento del arma y aplastó a otro Mirmidón a la vez que los elegidos sembraban su alrededor de cadáveres. Un grito de guerra les hizo alzar la cabeza de lo que había empezado a fraguarse como su victoria.

- ¡Que mane la sangre de Dol Gerbab!.

Una nueva oleada de berserkers venía a todo correr desde el coliseo. A juzgar por sus destemplados alaridos, el jinete de juggernaut que los dirigía debía de ser el sustituto de Piyor. Venía al galope, derribando todos los escombros que encontraba a su paso y con una brillante hacha en cada mano. Le vio rodear rápidamente a un grupo de los suyos y atacar a los guerreros de La Mano por un costado. El juggernaut descabezó a un marine de plaga con un aterrador chasquido de sus fauces y las hachas subieron y bajaron una y otra vez levantando géiseres de sangre. Gerbab se separó de los elegidos para abrirse camino hacia aquel berserker.

Iván le vio, allí estaba. El matador de Piyor avanzaba hacia él entre las espirales de muerte de su maza. Aún desde allí podía oír los zumbidos de aquella arma surcando el aire y los posteriores crujidos cuando impactaba sobre sus hermanos de armas, aplastando armaduras, carne y huesos.

- ¡A mí, Gerbab! ¡ven a mí!.

La bestia arremetió contra el señor de La Mano, quien al darse cuenta hundió los pies en el suelo y empezó a trazar espirales cada vez más rápidas con la maza y cadena. Iván espoleó, le arrasaría en una sola pasada y después cortaría la cabeza de sus restos, pero Gerbab descargó un mazazo sobre la testa de su montura, hundiéndole la cabeza en el suelo en una increíble demostración de poder. El frenazo de la bestia fue tan brutal que

Iván se encontró volando sin control por encima de Gerbab antes de que el suelo ascendiera hasta golpearle inmisericorde.

Dol Gerbab se acercó al cuerpo inmóvil del jinete. Había caído en una postura extraña y hacía temblorosos esfuerzos por levantarse. Alzó el pie para pisar la mano en la que aún sostenía una de sus hachas, pero el berserker la apartó y le respondió con un tajo en la greba. Sin sentir dolor, pero sí la repentina lentitud de su pierna, Gerbab levantó su arma aunque una vez más fue demasiado lento. Su presa le pateó el vientre aún desde el suelo y le hizo retroceder ganando con ello el tiempo preciso para volver a la verticalidad.

Iván saltó sobre su enemigo con intención de partirle la cabeza hasta la cintura de un golpe pero su hacha sólo acertó en la hombrera abotargada y el cuerpo que había debajo opuso una resistencia inusual a ser rebanado. El grito de dolor de Gerbab fue una irrisoria recompensa; sólo se sentiría satisfecho cuando viera sus entrañas al aire y su único ojo muerto. Quería ver su sangre fluir en ríos hacia el océano en cuyo centro Khorne aguardaba ansioso su tributo.

Gerbab asestó un puñetazo en el pecho del berserker para aumentar la distancia entre ellos. En seguida su otra mano le lanzó un mazazo directamente a la sien pero su oponente se agachó a tiempo y le rajó el costado de abajo arriba. Sin sentir sus fuerzas mermadas en lo más mínimo, Gerbab empuñó la maza a dos manos y trazó un arco descendente que sería el fin de aquel adversario.

Iván se adelantó con la cabeza gacha como si esperara que el golpe de gracia cayera sobre él y en el último momento saltó. La maza se dirigió directamente hacia él mientras pasaba volando junto a Gerbab, una de las púas le hizo un arañazo en la máscara de su casco y a punto estuvo de alcanzarle el ojo, pero la bola de hierro siguió su errado camino. Iván aún estaba en pleno salto cuando su hacha de Khorne se enterró en la nuca jorobada del señor del Caos convirtiéndole por un instante en una rígida estatua. La idea de detenerse no tuvo cabida alguna. Iván extrajo en seguida la hoja y la volvió a bañar en sangre a través de las heridas que se abrían en el cuerpo de Gerbab a cada movimiento suyo. No paró aún cuando éste cayó de rodillas, aún cuando cayó boca abajo, aún cuando ya no hubo rastro de vida en su cuerpo descompuesto, el hacha siguió yendo, viniendo y trinchando una y otra vez acompañada por los gemidos de esfuerzo y desesperación de Iván. Le arrancó el generador dorsal de la armadura y siguió su trabajo de carnicero en la espalda del cadáver. Si había un modo de gritar “¡muere!” sin palabras, era sin duda aquel.

Una de las caras del paladín de los poseídos presencié la caída de su señor con sus ojos lechosos al tiempo que la otra se concentraba en controlar sus brazos para despedazar la marioneta blindada que tenía entre ellos. Tras vociferar una orden ininteligible, su escuadra de abominaciones se desplazó en su dirección.

- ¡Te he matado, maldito saco de gusanos! –espetó Iván al cadáver que tenía debajo-. ¡Quisiste venir aquí para aniquilarnos con tus brujerías!. ¡Mírate ahora! –con un último movimiento, decapitó a Gerbab y alzó su cabeza para enseñarle su propio cuerpo despedazado-. ¡Mírate, babosa! ¡que tu dios carroñero te acoja en sus apestosos brazos!.

Miró por un momento a su juggernaut, inmóvil y con la testera abollada por el golpe demoledor de la maza. Aquel había sido un regalo de Khorne, le había acompañado durante muchas batallas, no le gustaba haberlo perdido a manos de alguien tan despreciable como Dol Gerbab.

Pero la batalla aún no estaba terminada. Al levantarse vio las siete monstruosidades formando un semicírculo cada vez más cercano. En aquel momento Iván estaba ya fuera de sí. Era poco más que un espectador viendo la obra de la ira que consumía su cuerpo.

Respiraba hondamente y con rapidez, alzando y bajando los hombros cada vez, con la manos encogidas de crispación. Había acabado con el señor pero tenía bien presente que sus posibilidades contra los siete poseídos eran remotas, más aún cuando Gerbab le había echo caer al otro lado de la línea, separado del resto de Mirmidones por el irreductible frente de marines de plaga. No se enfrentaba a enemigos mortales sino a demonios revestidos de carne. No tenía más que ver aquellos ojos muertos, aquellas mandíbulas laxas, para saber que no era un alma de hombre lo que animaba sus cuerpos. Sus garras huesudas, demasiadas, estaban recubiertas de sangre y vísceras de sus camaradas. Pero no sería ahora cuando se diera por vencido. De hecho, los pensamientos que le pasaban por la mente en aquel momento eran sencillos. Matar. Matar a cuantos pudiera. Matar hasta morir él. No hubo esperanza de que los Mirmidones alcanzasen su posición; ni deseo de reunirse con ellos. Su mente guerrera identificaba aquello como el final del camino, el borde del precipicio. Y saltaría al abismo de sangre de Khorne por su propia voluntad. Los musculos de Iván se tensaron como el acero pero, justo cuando sus piernas iban a propulsarle contra un muro de zarpas deformes y cuerpos torturados, sintió un chapoteo bajo sus pies.

Sangre. Los poseídos reaccionaron de inmediato al verla y esbozaron sus más horripilantes rostros de furia como perros que huelen la cercanía de lobos. Fluía desde debajo de las botas de Iván y se extendía con rapidez. Formó un charco ante los Bendecidos por La Mano que hirvió e hizo palpitar la tierra de debajo. Emergieron dos estalagmitas retorcidas, rojas por el fluído que las recubría, que resultaron ser los cuernos que coronaban una cabeza de rostro salvaje con el símbolo de Khorne grabado a fuego en la frente. A la cabeza siguió un cuello corto y un cuerpo poderoso, robusto, de fornidos músculos y con un hacha de cobre, la más antigua arma concebida por el hombre, entre sus manos. Emergieron varios más ante los ojos atónitos de Iván. Eran desangradores, los vástagos del propio señor de la guerra Khorne. El charco se extendió hasta formar una laguna y en cada palmo de terreno que abarcaba empezaban a brotar aquellos seres hijos de la sangre. Alzaron sus armas y profirieron un bramido salido de la garganta del propio Khorne. Iván estaba demasiado aturdido para pensar. Su instinto le guiba hacia delante de modo que cargó sobre los poseídos. Para su sorpresa, los demonios rojos se unieron a él. Khorne los enviaba. Sí, Khorne estaba con él.

La fuerza que les faltaba a los Mirmidones una vez los marines de plaga hubieron resistido su primer envite fue compensada con el demoníaco peso de los desangradores de Khorne. Los demonios confinados en la carne de los Bendecidos tuvieron que enfrentarse a sus semejantes encarnados de la disformidad. El paladín de doble cara fue el primero en caer; uno de los demonios separó permanentemente las dos mitades de su cabeza. Un tentáculo atrapó el grueso brazo de otro de ellos. El desangrador le agarró del hombro y arrancó aquella extremidad mutada de cuajo para después hundirle los colmillos en el cuello mientras Iván segaba las piernas del que estaba detrás, pero otro demonio se le adelantó hundiendo su hacha en la espalda del enemigo antes de poder rematarle personalmente. Transcurriría aún mucho tiempo hasta que La Mano fuera completamente vencida, pero no habría ya nada que hacer.

Iván empezó a reír malévolamente. Volvió sobre sus pasos y alzó bien alta la cabeza ciclópea de Dol Gerbab provocando una verdadera erupción de gritos de victoria.

- ¡Victoria, Mirmidones! ¡victoria! –gritaba sin parar por el comunicador-. ¡Dol Gerbab está muerto y toda su legión con él!

Entre la cacofonía triunfal, Iván distinguió una noticia.

- ¡Hemos capturado a Derho Zeme! ¡es el último de La Mano que vive, y es nuestro!.

Zeme, el segundo lugarteniente de Gerbab. Sería un buen pasatiempo verle batirse en el coliseo como parte de la ceremonia que celebrarían en honor a Khorne, pensó Iván.

Nephausto cabalgó al paso con la guadaña al hombro entre el bosque de armas alzadas y gargantas rugientes. Los Mirmidones vitoreaban mientras se dedicaban a amontonar las cabezas de las víctimas de cada uno. Los demonios desangradores gruñeron al verle pero él sólo se detuvo al llegar junto a lo que quedaba del señor de Nurgle.

- Así que éste era Dol Gerbab –le miró desde lo alto de su caballo con aire despectivo-. Lo habéis hecho muy bien, Mirmidones. Incluso el propio Khorne se ha dignado ayudaros –añadió cabeceando en dirección a los desangradores.

Así que los demonios no eran obra del hechicero, confirmó Iván. Por un momento se planteó utilizar a los desangradores contra él. Por grande que fuera su poder, caería sin duda ante ellos y, pensó, ya no habría deuda que saldar.

- Oh sí, Iván. Tienes una deuda que saldar, no intentes rehuír eso. Yo os he librado de la plaga, os he permitido luchar como lo que soís y os he indicado el camino a la victoria. La habéis conseguido y el mismo Khorne se ha mostrado satisfecho con vosotros, podéis enorgulleceros –El rostro de Nephausto se ensombreció-. Pero no olvidéis a quién se lo debéis.

- ¡No te debemos nada, hechicero! ¡Khorne no has propiciado la victoria por mano de sus vástagos! ¡los mismos que ahora se hartarán de tu sangre!. ¡Divinos hijos de Khorne, acabad con ese brujo!.

Hubo un silencio sepulcral roto poco después por una falsa risa de Nephausto cuyo único propósito era dejar a Iván aún más en evidencia. Los desangradores no se movieron.

- ¿Pero qué...?

- Ya os lo he dicho, berserkers –el caballo negro paseó entre los demonios sin que estos hicieran ademán alguno de atacarle. Sus hachas estaban bajas y, aunque sus agresivos ojos seguían el movimiento del jinete, no hicieron cierta la promesa de muerte que irradiaban sus rostros-. Es Khorne quien me envía. Sus demonios no se arriesgarán a contravenirle y desde luego no tentarán a su ira por una orden tuya.

Puesto que allí ya no quedaban enemigos que matar, cada uno de los desangradores se licuó rápidamente en un charco de sangre que desapareció en el subsuelo tan abruptamente como habían aparecido. Ciertamente, el paso de un demonio desde la realidad a la disformidad era un proceso extraño a ojos mortales. El respeto que habían mostrado por Nephausto hizo pensar profundamente a muchos de ellos. ¿Cómo negar ahora que Nephausto era un enviado de los dioses?. Alguien que les había sacado del pozo putrefacto de Nurgle para guiarlos a una victoria inesperada.

- Parece que el futuro se os presenta prometedor, Mirmidones –observó el hechicero.

- ¿Prometedor? –se quejó alguien-. ¡Nuestras naves son pasto de las llamas! ¡estamos atrapados en Kretl!.

- ¡Espera! –dijo otro-. ¡Tenemos las naves de Gerbab!.

- ¿Entrarás tú en ellas? ¡en el interior de esos transportes de la plaga no durarás ni un día hasta que tu carne empiece a huír de tu esqueleto!.

- ¡Él puede librarnos de eso! ¡ya lo ha hecho una vez!.

Todas las miradas se clavaron en el jinete de cobre, que escuchaba aquellas discusiones esbozando la media sonrisa más peligrosa que nadie había visto nunca.

- ¡Es un enviado de Khorne! ¡debe ayudarnos!.

- ¿Debo ayudaros?. ¡Jajajaja...! cometéis el mismo error dos veces en un mismo día. La misión que Khorne me impuso es hacer la guerra. Si vosotros no me servís para ello, encontraré a quien esté dispuesto. Una vez más la pregunta no es cuán útil soy para vosotros Mirmidones, sino lo útiles que vosotros soís... para mí.

Nephausto podía sentir que muchos se estaban planteando seriamente el seguirle. Ya estaban seguros de quién les enviaba, ahora debían decidir, pero nadie daría el primer paso de rendirle pleitesía, de eso estaba seguro. No sin el contexto adecuado.

Iván recogió su segunda hacha y apretó los mangos con fuerza. Nephausto contaba realmente con la protección de Khorne, no había otra fuerza capaz de protegerle de los desangradores.

- ¡Iván! ¿pero qué estás haciendo? –gruñó Astuge.

Nadie se esperaba que Iván, perfilado ya como general de los Mirmidones, plantaría rodilla en tierra frente al caballo de Nephausto ofreciéndole las empuñaduras de sus hachas. Aquel era el modo en que un Mirmidón se sometía a otro pero nadie lo había empleado nunca con un extraño.

- ¡Este hombre es un enviado divino! –declaró bien alto con la mirada fija en los ojos de halcón de Nephausto-. El propio Khorne le protege. A él. A alguien que no porta su marca y que posee poder sobre la hechicería. A alguien cuyo conocimiento de la guerra y la muerte es tal que sin asestar un solo golpe nos ha hecho ganar a nuestros enemigos. Si alguien así es merecedor de la confianza de Khorne, la suya ha de ser una importante misión. Y yo estaré a su lado cuando la cumpla.

Nephausto le miró desde toda su altura... e hizo girar al caballo para darle la espalda y alejarse. Iván suspiró y bajó las armas sintiéndose rechazado. Toda una colección de insultos e increpaciones se le agolparon en la boca pero ninguna brotó. Ahora el hechicero llevaría a cabo su objetivo marcado por los dedos de los dioses y él no saldría nunca de Kretl.

El caballo negro se detuvo junto al juggernaut muerto. Sin desviar en ningún momento la vista del frente, Nephausto extendió la palma de la mano sobre la criatura y ésta empezó a resoplar alzando nubecillas de polvo junto a sus fosas nasales. El brillo del metal al rojo vivo volvió a sus ojos y la herida de su cabeza desapareció con un crujido metálico.

- Si has de venir conmigo –dijo al horizonte-, necesitarás tu montura.

- ¡Te seguiré, Nephausto! –Iván corrió a tirar de las riendas del Juggernaut para ayudarle a desclavar la cabeza del suelo y acto seguido montó junto a su nuevo señor-. ¡Lucharé bajo tu estandarte y mataré a tus enemigos y Khorne sabrá que Iván de los Mirmidones sirve a su protegido!.

Nephausto se quedó meditabundo por unos momentos, como si acabara de recordar algo importante.

Hubo un siseo que alarmó a Nephausto desde su propia coraza. La estrella del Caos grabada sobre su corazón se había puesto al rojo vivo, quemando su carne en lo profundo. Su caballo se agitó en respuesta a la agitación de su mente, pero hubo acabado en breve.

Ahora, en el interior de la estrella del Caos, la runa de Khorne lucía en su peto.

Las naves descendieron envueltas en llamas y con los cascos al rojo vivo por la fricción de la atmósfera de A'arghsob. El negro cielo nocturno se iluminó con aquellos tres cometas que amenazaban con estrellarse directamente contra el templo piramidal erigido en el centro de un foso de quinientos metros de diámetro y rebosante de cadáveres en descomposición.

Los guerreros de La Mano salieron de allí iniciando un desfile por el único puente de acceso para recibir a Dol Gerbab que regresaba victorioso para llevarles a Kretl, pero cuando estuvieron más cerca se percataron de que aquellas ya no eran sus naves. Las bendiciones de Nurgle en forma de óxido, moho y nurgletes que poblaban sus cascos externos habían sido eliminados y en todas ellas había ahora un emblema que nadie reconoció.

Las cabezas mecánicas se abrieron como siempre pero de las rampas descendieron marines con armaduras negras y corazas de cobre; los Mirmidones. Los marines de plaga no eran sino los restos, los heridos y los que no habían podido acompañar a Gerbab en su viaje de exterminio. Los Mirmidones eran superiores en número ahora y parecían en perfecta forma.

Las naves apuntaron sus múltiples torretas y torreones artillados hacia el templo y abrieron fuego. La lluvia incandescente pasó sobre las cabezas de los marines de plaga e inició la destrucción del recinto, obligando a todos los que permanecían allí a buscar la salvación cruzando el puente y reuniéndose con los demás.

- ¡Los siervos de Khorne han logrado vencer a Dol Gerbab y apoderarse de sus naves! –vociferó uno de ellos, un sacerdote con una túnica mugrienta sobre su armadura, adelantándose amenazador al resto-. ¡Creéis que somos presa fácil ahora pero no es así, porque Nurgle cuida de sus hijos!.

Desde el borde del foso, demonios verdosos y marrones, con las tripas abiertas y los ojos desencajados, treparon desde el lecho de cadáveres. Emergían entre la carne licuada y los enjambres de moscas que se cebaban en los cuerpos abandonados para reunirse entre los Mirmidones y los guerreros de La Mano. Portadores de plaga, nurgletes, gigantescas masas informes de pieles amoratadas, gusanos del tamaño de serpientes, todo un repertorio tangible de los conceptos “pútrido” y “nauseabundo” que cualquiera pudiera imaginar.

- ¡Habéis cometido imprudencia al venir aquí, siervos de Khorne! ¡este mundo está bajo la sombra protectora de Padre Nurgle! ¡no tenéis nada que hacer!.

Tres figuras de entre los Mirmidones se adelantaron hacia la demoníaca vanguardia. Uno a pie que cojeaba en primer lugar seguido por otros dos a caballo. El primero era Derho Zeme, el único de sus camaradas que parecía haber vuelto con vida; el que montaba el enorme monstruo metálico era un Mirmidón, con su inconfundible armadura y fetiches de culto a la guerra adornándola; el otro parecía la encarnación de la propia muerte, un encapuchado sobre un caballo negro y con una guadaña al hombro.

Conforme se acercaban, los demonios de Nurgle retrocedían, volvían a la hedionda piscina de la que habían salido como si hubieran perdido el interés por profanar carne viva. Los marines no supieron cómo reaccionar ante aquel comportamiento en unos seres que no conocían miedo alguno. Pero lo que más chocó a los siervos de Nurgle fue que los demonios portadores de plaga agarraron al sacerdote que los había invocado y lo arrastraron hacia el mar de inmundicia a pesar de sus gritos y oraciones a su dios. Aquello dejó aturdidos a los demás. ¿Cómo los hijos de Nurgle se volvían contra los siervos de su padre?. Nadie se atrevió a hacer frente a los demonios cuando se sepultaron a sí mismos bajo la montaña de miembros podridos llevándose al suplicante con él.

La sonrisa inicial de Derho Zeme se rompió al presenciar aquella escena desde la lejanía.

- Míralos bien, Zeme –dijo Nephausto al prisionero que caminaba a trompicones por delante de él y de Iván-. Son un despojo de legión. Un puñado de heridos que no duraría ni un minuto si los Mirmidones atacaran ahora. Y, como has podido ver, Nurgle no les ayudará. Puedes unirte a ellos... o liderarlos a mi lado. Tengo una misión que cumplir y los dioses recompensarán a los que me sean leales. En cuanto a los que intenten detenerme...

Dejó la frase a medias. El lugarteniente apenas sí se lo pensó. Dio media vuelta y estudió detenidamente el símbolo que Nephausto había grabado en sus antiguas naves. La imagen de un pájaro negro y con sólo el ala derecha. En la coraza del hechicero, la estrella del Caos parecía latirle sobre el corazón, pulsando alrededor del símbolo de Khorne. Había algo especial en él y no eran sólo sus poderes. No podía negarlo después de haber visto cómo había librado a sus enemigos de una masacre cierta. Entonces Iván alzó la maza y cadena de Dol Gerbab justo por encima de él.

- Empúñala y sabré que tengo un aliado –invitó Nephausto-. Dame la espalda y nos marcharemos. Seguro que vuestros vecinos querrán haceros una visita cuando se sepa que Gerbab y la mayoría de los guerreros de La Mano Corrupta están muertos y vuestro territorio no tiene apenas quien lo defienda. En la empresa que tengo por delante no hay sitio para los derrotados.

Iván miró un momento a Nephausto, con nerviosismo, pero estaba seguro de que lo decía para presionar a Zeme. No les haría embarcar con el enemigo tan cerca y vulnerable. Dejó caer el arma al vacío con el deseo de que Zeme la rechazara asomando en el límite de su consciencia. La rápida mano del lugarteniente la atrapó en el aire antes de que tocara el suelo y el Mirmidón soltó un gruñido quejumbroso.

Los dioses le favorecían realmente, pensó Nephausto ampliando su sonrisa mucho más que de costumbre. La enormidad de su protección era tan evidente que berserkers y marines de plaga se ofrecían a acompañarle anhelando las migajas de gloria que a él se le cayeran de la mesa. Allí, sentado sobre su caballo demoníaco y viendo cómo Zeme se acercaba a los suyos para exponerles la actual situación, sintió que la magnitud de su poder empequeñecía ante su futuro. De hecho le importaba bien poco si se veía obligado a exterminar a La Mano. Siempre encontraría a otros a los que subyugar.

Sintió un nuevo dolor en el pecho cuando su coraza se encendió y, bajo la runa de Khorne, apareció la runa de Nurgle perfectamente encajada como si ambas formaran las primeras piezas de un rompecabezas mayor enmarcado en la estrella del Caos Absoluto.

Con la mayoría de las legiones traidoras enzarzadas en lo que daría en llamarse la Decimotercera Cruzada Negra de Abaddon, Nephausto extendió un imperio de locura y masacre en el mismo Ojo del Terror. Mientras el Saqueador encabezaba a sus huestes contra Cadia y la Humanidad, Nephausto llevó a cabo una guerra de conquista en los diferentes mundos demoníacos desguarnecidos. Los retazos de legiones dejadas atrás no fueron rival para él y en poco tiempo contó con un ejército capaz de hacer frente a legiones completas. Iván y Derho Zeme terminaron considerándose benditos por haber sido los primeros en unirse a él. Fue visto como un profeta, un silencioso emisario de los dioses cuyos discursos eran sus órdenes de batalla y cuya doctrina era su genial estrategia. Por allí por donde pasara no quedaba rastro de vida; los inteligentes se rendían y humillaban ante él y le seguían con sus ejércitos y naves, todos los demás eran erradicados sin excepción alguna, por lo que la llegada de Nephausto empezó a ser considerada como presagio de muerte. Sin embargo el poder militar no era la única arma que dominaba. Muchos fueron los lugartenientes que se plegaron a su causa

llegando a tratos secretos con él para asesinar a sus señores del Caos. Él sabía que para muchos es preferible seguir órdenes al mando de una legión que seguirlos sin ser señor de nada. Y controlar a los demás era algo que Nephausto realizaba de forma innata.